

PACO IGNACIO TAIBO II

La vida misma



Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Bruno Valasse

Diseño de colección: Bruno Valasse

© 1995, Paco Ignacio Taibo II

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial JOAQUÍN MORTIZ M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6580-3

Primera edición impresa en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6587-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Nota del autor

No existe la ciudad minera de Santa Ana en el centro-norte de México, y por tanto, nunca hubo en ella un ayuntamiento rojo, ni un jefe de policía que escribía novelas policiacas. Esta historia pertenece descaradamente al terreno de la ficción. La enorme mayoría de los personajes no existen más que en las páginas de este libro, e incluso aquellos cuyos nombres o signos distintivos he tomado prestados de la realidad, dicen cosas que solo pueden atribuirse a mis fantasías. Aclaro todo esto, para que nadie piense que en cambio, el país del que se habla es irreal. Yo lo conozco, vivo con él todos los días.

Paco Ignacio Taibo II
1986-1987

Este libro es para: Marc Cooper, periodista en Los Ángeles; Carlos Monsiváis, escritor en la Portales; Esther, dueña de una librería en Zacatecas; Héctor Mercado, abogado; Juan Carlos Canales y Fritz Glockner, poblanos... y todos ellos personajes secundarios de esta historia.

*Y con la lluvia te verás de suerte,
que en lo que te dio vida temas muerte.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Bien, los héroes pertenecen a los libros.

ANDRÉ MALRAUX

1 Lloviendo en el DF

«Si en esta ciudad no lloviera, hacía mucho que la habría abandonado», pensaba José Daniel Fierro pensando en que pensaba; porque había ideas que eran trabajo, reutilizables pensamientos que formaban frases y luego se iban por el camino de las teclas. La sensación era suya, pero podría ser del viejo villista que trabajaba en una tlapalería hacia la mitad del capítulo tres de la novela que estaba escribiendo. «Si no lloviera...», escribía en la cabeza mirando las gotas de agua estrellándose en el doble vidrio ante su mesa blanca e imaginando sin oír el *splash*, los pequeños *plop*. Había que ponerle a la frase un poco del sonido del viento que empujaba la lluvia contra la ventana y que se hacía imagen literaria sacudiendo el laurel solitario del camellón, haciéndolo bailar. «Si no hubiera laurel», también se habría ido, él, no el viejo del capítulo tres. Cada vez escribía más de irse y, sin embargo, se quedaba. Encendió un Mapleton con la colilla del otro. Ana, sentada a sus espaldas en un sillón blanco, levantó la vista del libro que estaba leyendo y estiró la mano para robarle un cigarrillo.

—¿Sabes cuánto nos cuesta fumar?

José Daniel se atusó el bigotazo negro mirando la lluvia.

—Cuarenta y dos mil pesos al mes, ¿cómo lo ves? El enfisema pulmonar es la enfermedad más cara de adquirir del mundo —dijo Ana sin esperar respuesta.

—Alguna vez oí de una sífilis que le costó a un tipo doscientos mil pesos.

—Nada. Menor el asunto —dijo Ana—. ¿Un café?

—Un coñac doble.

—Pensándolo bien, el alcoholismo es más caro todavía —dijo ella caminando hacia la cocina. A la mitad del camino el timbre de la puerta la hizo cambiar de rumbo.

José Daniel Fierro se tocó el codo, la lluvia le traía un dolor artrítico.

Los principios de capítulo deberían ser contundentes, solo un escritor de segunda empezaría un capítulo con «Si en esta ciudad no lloviera...». Trató de que la conversación en la puerta no le rompiera el hilo. Casi lo tenía. Tecléo quitándole la infecta blanca a la hoja de papel: «Un buen detective solo vive en ciudades en las que llueve así».

—Daniel, tienes visita —dijo Ana casi soplándole las palabras en la pelusa de la nuca.

José Daniel se volteó y contempló a los tres recién llegados: un joven despeinado con chamarra y botas, lentes muy gruesos; un barbudo de unos cuarenta años con mirada fiera; un hombre de unos treinta y cinco, muy moreno y de ojos verdes, al que había visto muchas veces en fotografías.

—Pasen, siéntense —les dijo a los tres personajes que trataban de que las botas no enlodaran la alfombra

blanca. Se acercaron extendiendo las manos. El escritor giró su silla para enfrentarla a los recién llegados, cediéndoles los dos sillones; Ana se mantuvo vigilante cerca de la puerta en su actitud de anfitriona-propietaria.

—Somos de la comisión —dijo el joven de los lentes.

—Está lloviendo a mares —dijo José Daniel por decir algo.

—Le hablaron, ¿verdad? —preguntó el hombre de los ojos verdes.

—Tú eres Benjamín Correa —afirmó el escritor, el joven asintió.

—Macario, el dirigente de la sección 23 y Fritz, el director de nuestra estación de radio —contestó señalando con el dedo a sus dos compañeros.

—No, nadie me habló, pero no hay bronca —dijo el escritor—. ¿Para qué soy bueno? ¿Lo de la semana de la cultura en Santa Ana? Ya les dije que sí, que iría, y firmé el manifiesto. ¿Salió hoy, no?

—Queremos que nos firme otro papelito —dijo el dirigente de los mineros.

—¿Un cheque?

Los tres personajes se rieron.

—No, compañero Fierro, está peor —dijo Fritz Glockner.

José Daniel sonrió.

—Queremos que sea el jefe de policía de Santa Ana —dijo el presidente municipal rojo. Los tres personajes rieron.

José Daniel Fierro emitió una risita de hurón, dudosa.

—¿Quieren que escriba una novela policiaca sobre Santa Ana?

—No. Queremos que sea el jefe de policía de Santa Ana.

—Bueno, qué cosa —exclamó Ana.

—¿En serio? —preguntó el escritor.

—Claro —dijo Benjamín Correa, encendiendo un Delicado sin filtro. Macario, el minero, asintió con una sonrisa ladina.

José Daniel Fierro los observó fijamente tratando de no cruzar su mirada con la de su mujer.

—Esperen un minuto, déjenme ponerlo claro. ¿Quieren que yo vaya a Santa Ana y me haga cargo de la policía?; ¿será la municipal, no?

Los tres personajes asintieron.

—A mí me parece muy importante lo que están haciendo. En medio de tanta mierda la experiencia de ustedes es fundamental. Hasta ahí. Que quede claro. Firmo manifiestos, voy a manifestaciones, escribo sobre ustedes donde puedo si tengo algo que decir, apoyo económicamente, voy a Santa Ana y participo de una semana de la cultura; son cosas que sé hacer, que puedo hacer. Hasta ahí de nuevo... Pero ser jefe de policía es una locura. Tengo cincuenta años...

—Cincuenta y dos —dijo Ana desde su esquina.

—Cincuenta y uno y cumplo en un mes... —le contestó rápido José Daniel—. No he disparado una pistola en mi vida.

—¿A poco? —preguntó Macario, al que no le cabía en la cabeza que todavía quedara alguien en México que no hubiera disparado una fusca.

—Pero en *Muerte al atardecer* se cuenta todo sobre una .45, el impacto, el retroceso, la precisión, la limpieza... —dijo Fritz Glockner sonriendo.

—Lo saqué de un manual de armas italiano —con-

testó el escritor disculpándose—. Pero además, ¿qué importa? No tengo ninguna experiencia policiaca real. Solo ficción, solo literatura.

—En *La cabeza de Pancho Villa* cuenta la historia del fraude del banco, así supimos cómo lo andaban haciendo en Santa Ana.

—Bueno, es que así pasa. ¡Chingaos! ¿Tengo que contarles la diferencia entre escribir y vivir?

—No hay diferencia —dijo el alcalde rojo—. No más es cuestión de kilómetros. ¿Quién sabe de policía en México? Nadie. Nomás usted, escritor. ¿Quién lleva once novelas? Por cierto, me falta una, la de los braceros...

—*La raya* —dijo José Daniel—. Tengo ejemplares por ahí...

—A lo mejor lo que pasa es que no se lo estamos proponiendo bien —dijo Fritz—. A ver así: en año y medio han asesinado a dos jefes de la Policía Municipal en Santa Ana. Los judiciales del estado nos traen jodidos, necesitamos una buena Policía Municipal, alguien a quien no puedan matar sin que se arme un pedote nacional, hasta internacional; por ejemplo, un escritor que acaba de ganar el Gran Premio de Literatura Policiaca en Grenoble, o al que entrevista el *New York Times*. Un escritor que aunque es de izquierda sale en el programa de Rocha cuando publica un libro. Uno que no puedan matar, y que además tenga coco, ideas, mente de investigador, uno que le sirva al pueblo y que además saque de onda a los priistas y al gobierno del estado, alguien que ponga su nombre en Santa Ana.

—Entiendo eso, pero tiene que tomar algo en cuenta. Yo soy un culero. Tengo miedo. Este país cada vez

me da más miedo. Si sigo hablando y escribiendo es porque me da más miedo callarme.

—Por valientes no paramos, eso es cosa nuestra —dijo el presidente municipal—. Tenemos como diez que se meten a la jaula de los leones, esposados, y le dan patadas en los huevos a las fieras... Queremos a uno como usted. Nomás imagínese: «José Daniel Fierro, jefe de policía de Santa Ana».

—No, si me lo imagino.

—Me divorcio, ¡eh! —dijo Ana.

—¿Quién fue el de la idea? —preguntó el escritor.

—Nosotros andábamos buscando por ahí, y lo comentamos con algunos, y Carlos Monsiváis fue el que nos dio la idea.

—Maldita sea, vaya broma más cabrona.

—Piénselo, maestro. No solo nos hace un servicio en Santa Ana, sino la cantidad de novelas policiacas que salen de ahí. Tenemos unos crímenes de lo más lucidores —dijo Fritz.

—Nos traen jodidos —dijo el presidente municipal, y ahí José Daniel se dio cuenta cómo había llegado hasta el puesto. Ponía tal intensidad en las palabras, que tomaba el hígado del oyente y no lo soltaba—. Nos cercan, cortan presupuestos, los caciques hostigan, no entregan los dineros del municipio, nos provocan, nos rodean con una de las campañas de publicidad más negras que se han hecho en la historia de México. Tenemos elecciones en ocho meses: si las ganamos nos van a meter el ejército, si las perdemos nos van a desmontar toda la organización popular que se ha creado. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Necesitamos un jefe de policía... ¿Qué pues?

- ¿Llueve mucho en Santa Ana?
- Todos los días —contestó Macario.
- Nunca —dijo Fritz Glockner.
- Usted dirá —contestó el presidente municipal.
- Me divorcio —dijo Ana—. Te juro que me divorcio.